

Mollens, 25 agosto 1988

La penitencia que el cielo nos pide

He tenido la posibilidad de leer algo referente a grandes santos que la Iglesia honra, y de ver también alguna película sobre este argumento.

Una de las impresiones más fuertes que he tenido sobre esto ha sido la de la austera, austerísima vida de penitencia que algunos de ellos llevaron, poniéndose con frecuencia dolorosos cilicios, practicando ayunos continuos, haciendo duras vigiliadas, interminables silencios, durmiendo en el suelo o sobre una tabla. Estos santos llegaron a serlo entre otras cosas, también a causa de estas penitencias...

Naturalmente, me pregunté: ¿Y nosotros? ¿Qué es lo que hacemos nosotros? ¿No queremos también hacernos santos?

Y, enseguida, sentí claramente la respuesta en mi alma: "Tú, vosotros, debéis mirar a María. Ella es vuestro modelo. De Ella, que vivió en medio del mundo como la mayor parte de vosotros, se conocen, más que las penitencias que pudo haber practicado, los sufrimientos que Dios le pidió a través de las circunstancias de su maravillosa, extraordinaria, pero también dolorosísima vida. Y observad el modo como Ella las vivió, hasta el punto de ser llamada Reina de los mártires".

Sí, tenemos que mirar a María.

No cabe duda de que también para nosotros el sufrimiento ocupa un lugar importante en la vida; pensemos en todo lo que significa Jesús Abandonado en nuestra existencia.

Es imposible, por lo tanto, temer que nos falte algo. El dolor, los dolores – y por consiguiente las penitencias- están ahí; lo importante es vivirlas como lo hizo María.

No es de descartar que también nosotros hagamos alguna penitencia corporal o espiritual, en particular aquellas que la Iglesia aconseja en algunos periodos. Pero, bajo este aspecto, sobre todo debemos imitar a María.

He vuelto a pensar en Ella que, manifestándose como Desolada, ha sido reconocida precisamente por nosotros como un monumento de santidad, como la santa por excelencia, como la personificación de todas las virtudes.

Y ha nacido en mi corazón un nuevo deseo de imitarla así.

Imitarla en la completa renuncia a sí misma (ya que aquí está la virtud), e imitarla en su saber perder todo, todo, incluso a su Hijo, Dios.

¿De qué modo? Procediendo como hace años, cuando la comprendimos más profundamente. Eran tiempos en los que el Espíritu ponía de relieve, de distintas maneras, que era necesario hacer no nuestra voluntad sino la voluntad de Dios; y que teníamos que vivirla bien y plenamente en el momento presente de la vida. Pero se comprendía que esto no era posible si en el presente no se perdía siempre todo lo que no era voluntad de Dios, si no se renunciaba con decisión a la propia voluntad.

He probado otra vez a vivir así, y he visto cuánto bien hace al alma, cuánto la rejuvenece, cuánto la renueva; cómo no hay nada viejo en lo que Dios nos ha dado y enseñado; cómo – dado que nuestra espiritualidad es evangélica – puede ofrecer siempre, como el Evangelio mismo, brotes de vida nueva en cada una de sus expresiones y en todos los tiempos.

Entonces, con esta Conexión, invito también a vosotros a vivir de esta forma.

Detengámonos un momento. Observemos cómo pasa el tiempo. Pongámonos bien en el presente y hagamos la voluntad de Dios, perdiendo decididamente la nuestra, sacrificando todo lo que tengamos en

el corazón o en la mente, pero que no se refiere al presente. Puede ser un recuerdo, incluso vivísimo, una idea, un deseo, un sentimiento incluso profundo, una cosa, una persona... Pongamos el corazón, la mente y las fuerzas sólo en la voluntad de Dios. Así amamos verdaderamente a Dios, con todo el corazón, la mente, las fuerzas: Dios, nuestro Ideal.

Es un entrenamiento maravilloso. Se trata de morir cada vez para renacer siempre. Es la principal penitencia que el Cielo pide a los miembros de la Obra de María.

Chiara Lubich, Buscando las cosas de arriba, Madrid 1993, p. 106-108.